RICARDO PELTIER SAN PEDRO

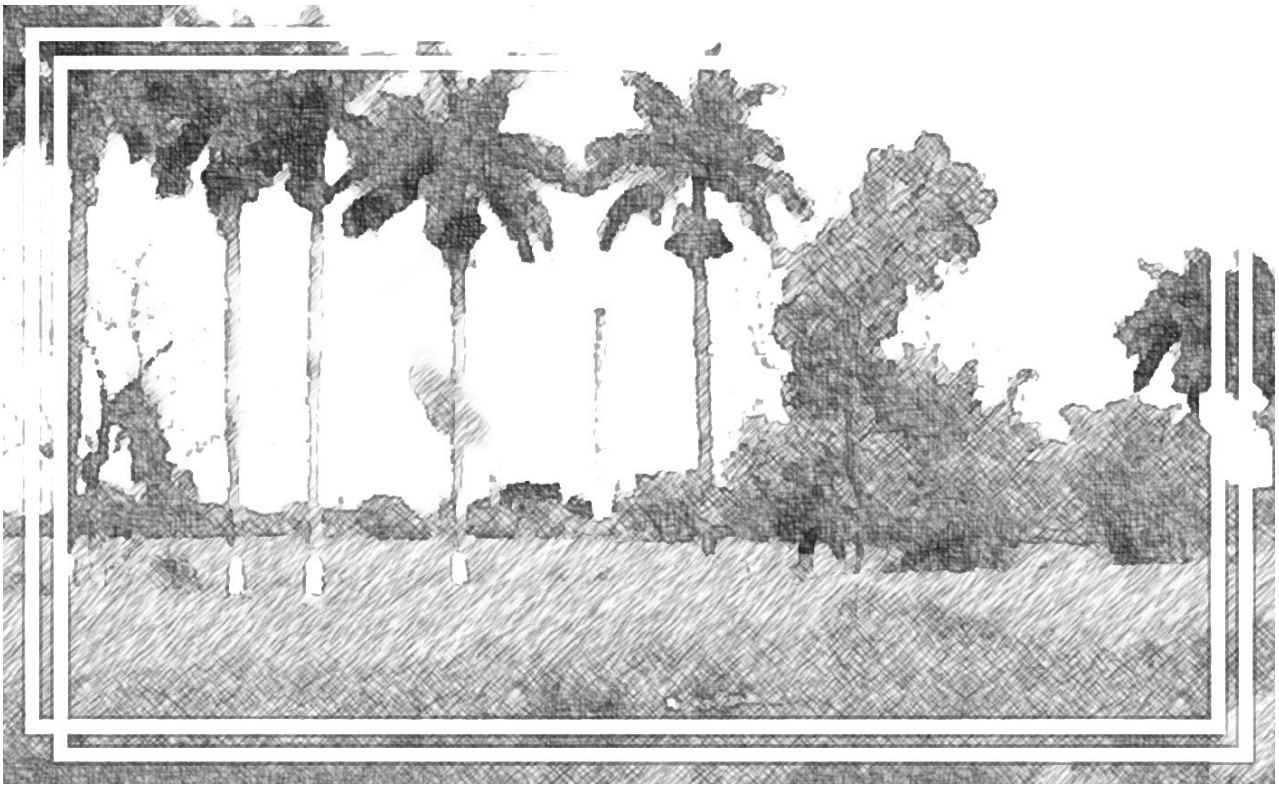
EL MANTE Y LAS VACACIONES DE SEMANA SANTA

Xochimilco Editions

México
Marzo de 2020
D.R. Derechos Registrados

RICARDO PELTIER SAN PEDRO

EL MANTE Y LAS VACACIONES DE SEMANA SANTA



Xochimilco Editions

México ~ Barcelona ~ Bogotá ~ Buenos Aires ~ Caracas ~ Madrid ~ Montevideo ~ Miami ~ Santiago de Chile ~ París ~ Los Ángeles ~ Londres ~ Milpa Alta

1. Mi tía Alicia y mis primos se van al Mante

Una de las épocas más felices de mi niñez fue cuando mis papás, mis hermanos y yo íbamos de vacaciones en Semana Santa a Ciudad Mante, un pequeño pueblo cañero ubicado al sur del estado de Tamaulipas, en la zona huasteca, a ocho horas en coche de la Ciudad de México, a dos horas del puerto de Tampico, a casi dos horas de Ciudad Victoria —la capital del estado—, y a cinco horas y media de Brownsville, Texas, Estados Unidos.

Imagino que han de estar preguntándose:

¿Ciudad Mante? ¿Un pueblo cañero? ¿De vacaciones? ¿Qué no había mejores opciones para vacacionar, como Acapulco o Veracruz?

¡Claro que sí!, pero mis papás, mi abuelita, mis hermanos y yo estábamos dispuestos a viajar en coche por carretera durante diez horas y cruzar la Sierra Madre Oriental, con tal de pasar unos cuantos días con mi tío Tomás, mi tía Alicia —la hermana menor de mi madre—, y mis primos Alicia, Claudia y Tomás, pues todos ellos se mudaron un día, de repente, a ese lejano y pequeño pueblo cañero.

Resulta que a principios de 1958 un viejo amigo de mi tío Tomás Córdoba Sandoval, el señor Manuel Zorilla Rivera, gerente general de la Sociedad Cooperativa de Ejidatarios y Obreros del Ingenio del Mante, S.C.L., le habló por teléfono para pedirle que se encargara de la dirección general de la clínica del Ingenio, la cual prestaba atención médica gratuita a sus empleados y obreros, al igual que a sus familiares directos, puesto que el director había renunciado hacía poco tiempo.

Como mi tío Tomás, que era médico cirujano egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, atravesaba en esa

época por una mala racha económica, aceptó sin titubear el ofrecimiento.

Una vez que lo platicó, o mejor dicho, que lo discutió a gritos con mi tía Alicia, acordaron, dado lo repentino de la propuesta, que lo mejor era que él fuera primero a conocer el pueblo, esto es, se trasladara para sondear el terreno, y luego, si consideraba que el pueblo y el trabajo valían la pena, ella lo alcanzaría con sus tres pequeños hijos y, ¡sin duda!, con la nana Rosita y su pequeño hijo Ricardo.

La decisión de mudarse de una metrópoli del tamaño de la Ciudad de México, de más de 7 millones de habitantes en ese entonces, a un pueblo perdido en el noroeste del país, de menos de 50 mil habitantes, le resultó sumamente difícil a mi tío Tomás, pues él era un hombre cosmopolita, un intelectual de izquierda, y el círculo de amigos que frecuentaba estaba conformado por personajes de la talla de Octavio Paz, Elena Garro, Ricardo Garibay y Jorge Carrión, por lo que era frecuente verlo reunido con ellos en Los Azulejos, el tradicional restaurante del *Sanborns* que está frente al Palacio de las Bellas Artes, en la emblemática zona de la Alameda Central.

Debo decir igualmente que mi tío Tomás no solo era médico cirujano, sino también psiquiatra, pintor, escritor, jugador de ajedrez y… ¡amante del séptimo arte!

Tanto quería al cine, que en 1956 escribió un guión cinematográfico —mi hermana Catalina se lo mecanografió en una pequeña máquina de escribir Remington— para una película llamada *Simitrio*, la cual se estrenó el 21 de junio de 1961 en Ciudad Mante, en los cines Morelos y Reforma; la película fue dirigida por Emilio Gómez Muriel, y los protagonistas fueron, ni más ni menos, que José Elías Moreno —quién desempeñó magistralmente el papel del anciano maestro ciego—, Carlos López Moctezuma, María Teresa Rivas, Julio Alemán y Javier

Tejada, quién interpretó el papel de *Simitrio*… ¡el niño travieso inexistente!

Ester filme se rodó en 1960, en las afueras de la Ciudad de México, en el municipio de Milpa Alta, por lo cual, en las tomas abiertas se puede apreciar claramente el volcán Teuhtli, el cerro Yeteco y la iglesia de San Agustín el Alto.

Simitrio ganó el premio *Perla del Cantábrico*, como mejor largometraje de habla hispana, en la octava edición del Festival Internacional de Cine de San Sebastián.

Un año después, en 1957, escribió un cuento titulado "Los Hermanos Del Hierro", basado en un hecho real, el cual vendió al escritor Ricardo Garibay por cinco mil pesos, y este lo utilizó para elaborar un extraordinario guion cinematográfico. El filme se estrenó en 1961, y fue dirigido por Ismael Rodríguez. La película empieza con una narración en *off* de Arturo de Córdova, y luego aparecen en escena actores de la talla de Antonio Aguilar, Columba Domínguez, Ignacio López Tarso y Emilio "El Indio" Fernández. El papel de Martín Del Hierro originalmente lo iba interpretar el rejoneador Gastón Santos, hijo menor del controvertido general Gonzalo N. Santos, pero como al final este no aceptó, se lo dieron —pese a las airadas protestas del director — al novel actor Julio Alemán.

El afamado historiador y crítico de cine, Jorge Ayala Blanco, consideraba que los "Hermanos Del Hierro" era la película: "…más perfecta del cine mexicano".

Debo decir, por otra parte, que mi tío Tomás era un hombre de mundo, pues antes de casarse con mi tía Alicia, lo que sucedió en 1952, había estado en Europa y en los Estados Unidos. En efecto, en julio de 1945, dos meses después de que terminó la Segunda Guerra Mundial, se trasladó a Alemania para participar como médico voluntario en las tareas de socorro y reconstrucción llevadas al cabo por la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación (UNRRA, por sus siglas en inglés), una

organización creada en 1943, la cual, tras la derrota de los nazis en Berlín, en mayo de 1945, encaró el enorme reto de atender a más de 6 millones de personas, principalmente niños, desplazadas por la guerra, las cuales sobrevivían sin alimentos ni vivienda, y sobre todo, sin protección alguna ante las amenazas de las múltiples epidemias; de hecho, en muchos lugares la UNRRA reemplazó los servicios sanitarios que habían colapsado por la guerra y, conjuntamente con el Comité Internacional de la Cruz Roja y la Media Luna Roja, instaló en Europa Occidental más de 700 campos de refugiados, con el fin de proporcionar alimentos y asistencia médica.

Al concluir su misión en Berlín, 15 meses después de haber llegado, y que al parecer le resultó traumática, porque solía esquivar el tema, y luego de haber sostenido un corto amorío con una joven alemana de nombre Margot Bruchtman, mi tío Tomás se subió a un tren y se fue a París a principios de octubre de 1946, para reunirse con dos grandes amigos suyos, Octavio Paz y Elena Garro, los cuales llevaban un año de vivir en esa ciudad, debido a que el futuro Premio Nobel de Literatura había tomado posesión, en noviembre de 1945, como tercer secretario de la Legación de México en Francia, el puesto más bajo en el escalafón del servicio exterior mexicano.

Mi tío Tomás permaneció en París casi un mes, tiempo durante el cual conoció en persona, o supo de ellos a través de su obra, a personajes de la talla intelectual de François Mauriac, André Malraux, Raymond Aron y David Rousset, o de Jean Paul Sartre, el pontífice del existencialismo, quien por cierto acababa de escribir *El ser y la nada*, o de Albert Camus, el filósofo que escribió *El extranjero*, obra que fue llevada al cine años después, en 1967, por Luchino Visconti, al parecer sin mucho éxito.

Tuvo la suerte también de intercambiar ideas con dos nuevos amigos de Octavio Paz, el filósofo Kostas Papaioannou, un estudioso de la obra de Hegel y de Karl Marx, a quién Paz conoció

casualmente en febrero de 1946 en un café parisiense, y Cornelius Castoriadis, un psicoanalista greco-francés, el cual huyó de Atenas para refugiarse en París en 1945, en donde empezó a escribir su obra filosófica.

A decir de Octavio Paz, a mi tío Tomás no le gustó mucho París, lo que resulta comprensible si se toma en consideración que cuando él llego se encontró con una ciudad semidestruida, sucia, en la cual escaseaba el agua y la luz se interrumpía a cada rato.

Mi tío Tomás se trasladó de París a Londres en la última semana de octubre de 1946, donde permaneció solo un par de días, ya que el 27 de ese mes abordó en el puerto de Liverpool el *S.S. Aquitania*, un trasatlántico apodado "The Ship Beautiful", que lo llevaría a los Estados Unidos.

Después de una semana de navegar sobre las turbulentas aguas del Océano Atlántico, desembarcó en Nueva York el 2 de noviembre de 1946, y una de las primeras personas que conoció al llegar a esta ciudad fue a Julio Álvarez del Vayo y Olloqui, un político español miembro del PSOE, exilado en los Estados Unidos desde 1939, y quien había estado a cargo de la embajada de España en México entre 1931 y 1933, tiempo durante el cual estableció una estrecha relación con los generales Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas del Río. En 1934 regresó a España, y de 1936 a 1939, esto es, durante el periodo de la República Española, estuvo al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores. Siendo joven —le contó a mi tío Tomás—, fue corresponsal de guerra, y tuvo la oportunidad de conocer a Lenin, el líder de la Revolución Rusa de 1917, y luego, al estudiar en la Universidad de Leipzig e involucrarse en el movimiento socialista alemán, a Rosa Luxemburgo, la dirigente y teórica del socialismo de izquierda.

A finales de 1958 mi tío Tomás partió a Ciudad Mante para asumir la dirección de la clínica del Ingenio. Al tomar posesión, le informaron que había una casa a su disposición —la misma que había ocupado el anterior director—, pero como esta se

encontraba en condiciones lamentables, el Sr. Zorrilla Rivera había dado instrucciones para que se quedara temporalmente en la "Casa de Huéspedes" de su residencia particular, la cual se encontraba cerca de la clínica del Ingenio.

Al llegar mi tío Tomás a la residencia citada, con maletas en mano, se quedó atónito; era espectacular; la casa estaba rodeada de enormes jardines, colmados estos de exóticas plantas, de árboles y palmeras, en los que paseaban a sus anchas y desplegaban su hermoso plumaje pavorreales, el símbolo nacional de la India.

Las reparaciones y mejoras que mi tío Tomás ordenó le hicieran a la casa que le habían adjudicado, en particular la ampliación de la sala y el arreglo del baño de la recámara principal, tomaron más tiempo del previsto, por lo que no fue sino hasta mediados de 1959 cuando le informó a mi tía Alicia que ya era el momento de alcanzarlo con todo y sus hijos, pues la casa estaba "prácticamente lista", que solo faltaban pequeños detalles por arreglar, según mi tío Tomás.

Si a mi tío Tomás le costó trabajo tomar la decisión de mudarse al Mante, a mi tía Alicia mucho más, porque para ella implicaba, no solo abandonar a su querida madre Kathleen, la cual había enviudado recientemente, a su adorada hermana Catalina, a su cuñado Rodolfo, y a sus queridos sobrinos, sino también a sus "cuates", algunos de los cuales se encontraban presos por *trácalas* en el temible Palacio de Lecumberri, la cárcel —se decía en aquellos años— que volvía locos a los prisioneros.

La verdad de las cosas es que mi tía Alicia no tenía ninguna ilusión por mudarse al Mante, sino todo lo contrario, por lo cual le dio a mi tío Tomás toda clase de excusas y pretextos para no reunirse con él, unos comprensibles, como que iba extrañar mucho a su madre Kathleen y a su hermana Catalina, pero otros no tanto, como cuando enojada le dijo que seguramente en ese "pinche" pueblo no había un… ¡casino decente en donde jugar a la baraja!

Pero ante la insistencia de mi tío Tomás, y sobre todo de mi abuela Kathleen, no le quedó más remedio que ceder. Pero eso sí, una vez que tomó la decisión —una decisión que cambió radicalmente el rumbo de su vida, al igual que la de mis primos— empacó en tan solo tres días su ropa, la de sus hijos, la de la nana Rosita y la de su hijo Ricardo, y exactamente a las 12:00 horas del día 31 de diciembre de 1959, le ordenó a los cuatro empleados de "Mudanzas América" —los cuales llevaban impacientes más de una hora parados bajo el sol en la banqueta de la calle—, subieran al camión los muebles, los enseres de la casa y las maletas, y que se llevaran todo a Ciudad Mante.

A las 8 de la noche de ese mismo día, mi tía Alicia y sus tres hijos, la nana Rosita y su hijo Ricardo, abordaron —y no precisamente felices—, el camión de pasajeros de la línea "Omnibus de México", el cual los llevaría a Ciudad Mante.

Como es comprensible, la despedida resultó triste para toda la familia, en particular para mi madre, debido a que la convivencia con su hermana Alicia era diaria, pues éramos vecinos; ellos vivían en una casa que estaba ubicada en la calle de Magdalena, entre Luz Saviñón y Torres Adalid, en la Colonia del Valle, a la altura del Parque de La Lama, y nosotros en la calle de Santa Bárbara; esto es, a solo dos cuadras.

Mis padres *Fito* y *Cochita*, mi abuelita Kathleen, mi hermana *Cata*, mis hermanos Roberto y Eduardo, y por supuesto yo, quedamos totalmente desconsolados, y solo nos quedó por contar las horas y los días para volver a verlos de nuevo.

Para nuestra desdicha, tuvimos que contar más horas y más días de los que hubiéramos querido, pues cuando mi tía Alicia llegó a Ciudad Mante en la madrugada del primero de enero de 1960, se encontró con la "sorpresa" de que la casa que mi tío Tomás le había dicho que estaba prácticamente lista para alojarla a ella y a sus hijos, estaba en realidad… ¡a media obra!

Por lo tanto, a mi tía Alicia no le quedó más remedio que hospedarse con sus tres hijos, la nana Rosita y su hijo Ricardo, en el único hotel decente del pueblo, el Hotel Mante, lugar en el que estuvieron hospedados durante ocho largos meses, tiempo que le llevó a mi tío Tomás terminar de arreglar la casa, eso sí… ¡a marchas forzadas!

Como nadie sabía a ciencia cierta cuándo iba a quedar lista la casa, y en consecuencia el día en el que mi tía Alicia y mis primos abandonarían el Hotel Mante para mudarse a su nueva morada, mis padres tuvieron que posponer en varias ocasiones el anhelado viaje.

No fue sino hasta principios de 1961 cuando mi padre nos dio la tan esperada noticia.

—¡Hijos! —nos dijo de repente un día en la noche—. ¡Les tengo una sorpresa!

—¿¡Cuál!? —preguntamos todos con cara de azoro.

—Nos vamos en Semana Santa al Mante —respondió muy serio y circunspecto, como solía ponerse cuando nos daba una buena noticia.

Obviamente, al oír eso todos gritamos y brincamos de alegría, en particular mi madre, la cual no aguantaba más las ganas de ver nuevamente a su hermana Alicia, pues la verdad de las cosas, la una sin la otra no podía vivir… ¡sé adoraban!

Los preparativos para el viaje empezaron los primeros días de marzo de 1961, tres semanas antes de Semana Santa.

La parte más complicada del viaje fue conseguir un coche que pudiera llevarnos a todos de manera segura y cómoda hasta el Mante; el Cadillac de mi padre era del año 1936, por lo cual no estaba en condiciones de hacer un viaje tan largo, de mínimo diez horas, y menos atravesar la intrincada Sierra Madre Oriental; todos estábamos conscientes de que si nos íbamos en el vetusto automóvil, lo más seguro es que nos dejara botados en medio de la carretera.

Mi padre llevaba poco más de tres años de trabajar en la Secretaría del Patrimonio Nacional, y por el puesto que ocupaba —Director General de Administración—, podía, sin ningún problema, disponer de cualquier vehículo de la dependencia, pero como era un funcionario honesto, no estaba dispuesto, bajo ninguna circunstancia, a aprovecharse de su cargo para beneficio personal, y menos para el de su familia.

Mi señora madre, entre que no entendía "tanta honradez" de mi padre, y las ganas que tenía por volver a ver a su hermana Alicia, aprovechó una ocasión en la que don Eduardo Bustamante Vasconcelos, el titular de la Secretaría del Patrimonio Nacional, estaba de visita en la casa con su esposa doña "Cuca" Dávila Gómez, para comentar, así "como no queriendo la cosa", que la familia tenía un serio problema para ir al Mante, porque no disponía de un coche adecuado para realizar tan largo viaje.

Don Eduardo, al ver la cara de angustia y de preocupación de mi madre, le dijo a mi padre:

—¡Pero *Fito*! ¡Por favor! ¡Agarra cualquiera coche de la Secretaría! ¡Faltaba más!

Y remató:

—¡Así *Cochita* podrá por fin visitar a su hermana Alicia!

A mi padre, obviamente, no le gustó nada la petición "disfrazada" que le hizo mi mamá a don Eduardo, pero al final no tuvo más remedio que aceptar el hecho consumado, y agradecerle a su amigo —y jefe a la vez—, de tan noble gesto.

Si bien mi padre escogió para el viaje una camioneta de buen tamaño —una *Ford Country Squire Wagon* modelo 1957 color azul para seis pasajeros— el vehículo resultó al final insuficiente, pues a mi hermana Catalina se le ocurrió a última hora la brillante idea de invitar al viaje a su novio Gilberto Gómez Priego.

Como es comprensible, mi padre "pegó el grito en el cielo", y le dijo de manera categórica que bajo ninguna circunstancia podía

venir con nosotros, que ya no había lugar para él… ¡ni para nadie más!

Pero como suele ocurrir, los hijos siempre se salen con la suya, de una u otra manera, por lo que luego de lloriquear durante varios días por los rincones de la casa, mi hermana Catalina le dijo a mi padre, como último recurso para que cediera, que el Sr. Gómez, o sea, el padre de su novio, le había comprado a Vicente Lombardo Toledano, el exgobernador de Puebla, un rancho cañero de 175 hectáreas llamado "El Ébano", que estaba muy cerca del Mante, por lo que su novio conocía a la "perfección" la carretera, al haber ido en varias ocasiones, y que por lo tanto él podía manejar sin problema alguno otro de los coches.

Esto es, ya no era cosa de conseguir uno, ¡sino dos coches!

¡Y claro!, mi señora madre, que era una alcahueta de lo peor, y pese a las protestas de mi padre, le habló a mi primo Carlos Girón Peltier, uno de los hijos de Fina, la hermana de mi papá, para pedirle prestado uno de sus coches.

Como mi primo Carlos adoraba a mi mamá, le respondió de inmediato:

—¡Por supuesto que sí tía *Cochita*! ¡Lo que usted quiera!

Al día siguiente un chofer estacionó frente a la casa de Santa Bárbara un impresionante Cadillac color negro, modelo 1951 con placas oficiales. Al principio pensamos que era uno de los tantos coches de mi primo, pero no, luego nos enteramos que el verdadero dueño era, ni más ni menos, que su suegro, el licenciado Miguel Alemán Valdés, es decir… ¡el expresidente de México! ¡Recórcholis!

Una vez resuelto el problema del transporte, cada uno de los miembros de la familia empezó a preparar con mucha antelación su maleta, poniendo en ella solo ropa ligera y todo clase de repelentes, porque mi tía Alicia nos había advertido en múltiples ocasiones que en el Mante hacía muchísimo calor, y que había muchos… ¡pero muchísimos mosquitos!

Un día antes de partir le dijo textualmente a mi mamá por teléfono:

—Mira *Cochita*, te aviso de una vez para que vengan todos prevenidos, ¡en este canijo pueblo hace un calor de los mil demonios! ¡Parece el mismísimo infierno! ¡Y los mosquitos pican horrible! ¡Se lo comen a uno vivo!

—¿Pues qué temperatura está haciendo? —le preguntó con curiosidad mi mamá.

—¡¡¡46 grados centígrados!!!

—*¡Paso mecha!* —exclamó mi madre.

La fecha que mi padre estableció para emprender el viaje a Ciudad Mante fue el sábado 25 de marzo, esto es, el primer día del periodo vacacional de Semana Santa.

¿Por qué me acuerdo de esa fecha?

Por una razón muy sencilla, faltaban dos semanas y media para celebrar mi cumpleaños.

De acuerdo con la experiencia de Gilberto, el novio de mi hermana, la carretera más conveniente para ir al Mante era la número 85, la Nacional, que iba de la Ciudad de México a Nuevo Laredo, esto es, la que llegaba hasta la frontera con los Estados Unidos. Sugirió asimismo que la mejor hora para iniciar el viaje era en la tarde, de esta manera cruzaríamos por la noche la Sierra Madre Oriental, evitando el sofocante calor húmedo característico de la región, y además —agregó en seguida—, viajar durante la noche tenía una ventaja adicional, al permitir tomar con más seguridad las curvas de la carretera, pues las luces de los coches que venían en el carril contrario lo alertan a uno.

Pese a todos los argumentos anteriores —todos ellos válidos— mi padre prefirió mejor realizar el viaje durante el día para que pudiéramos apreciar los paisajes, y también, ¡claro esta!, por una cuestión de seguridad, por lo que programo la salida a primera hora del sábado, para tratar de llegar al Mante antes del anochecer.

Como el viaje en coche iba a durar diez horas, en el mejor de los casos, mi madre preparó para el camino una buena cantidad de sándwiches de jamón y queso, así como hojaldres rellenos de pollo con mole; mi padre, a su vez, llenó una hielera con refrescos, principalmente Coca-Colas, bebida a la que todos éramos adictos, principalmente mi madre, así como muchas botellas de agua potable.

El tema que causó más discusión en la familia fue el de cómo nos distribuiríamos en los dos coches, esto es, quién viajaría con quién, quiénes en la camioneta Ford y quiénes en el Cadillac. Al final, ya cansado de tanta discusión, mi padre decidió de manera salomónica que él conduciría la camioneta Ford propiedad de la Secretaria del Patrimonio Nacional, y que en ella irían, además de mi mamá, mi hermano Eduardo, que apenas tenía dos años de edad, y yo, que estaba por cumplir los once.

En consecuencia, el Cadillac que nos prestó mi primo Carlos lo manejaría Gilberto, el novio de mi hermana Catalina, la cual acababa de cumplir veintiún años de edad; esto es, era un año menor que su novio. Aparte de ellos dos, en el carro viajaría también mi hermano Roberto, que tenía 15 años, y mi abuelita Kathleen, quien rondaba los sesenta, y la cual, si bien se veía algo animada por el viaje, en realidad seguía triste por la muerte de mi abuelo Eduardo San Pedro Salem, ocurrida en febrero de 1958.

La muerte de mi abuelo Eduardo hundió a mi abuela Kathleen en una depresión tan profunda que llegamos a pensar que nunca más se recuperaría, pero exactamente un año después de haber enviudado, ocurrió un suceso que le dio ánimo para continuar con su vida, el nacimiento en febrero de 1959 de un nuevo nieto, Eduardo, mi hermano menor, bautizado con ese nombre en honor a mi abuelo.

Mi hermano Rodolfo, que estaba por cumplir 23 años de edad, decidió a última hora no ir con nosotros, pues como

estudiaba arquitectura en la UNAM tenía cosas importantes que hacer.

—¡Cosas en verdad importantes! —les dijo de manera contundente a mis padres.

Una vez que nos despedimos de nuestros vecinos de la calle de Santa Bárbara, abordamos la camioneta Ford modelo 1957 y el Cadillac negro modelo 1951, y exactamente a las 6:00 horas, marchamos lentamente hacia la Avenida de los Insurgentes, para luego dirigirnos a toda velocidad al norte de la ciudad, concretamente al Monumento de los Indios Verdes, donde justamente empezaba la Carretera Federal No. 85, la cual nos llevaría directamente hasta el Mante.

La carretera por la que íbamos a transitar por lo menos diez horas, esto es, la México-Laredo, fue inaugurada en 1936 por el General Lázaro Cárdenas del Río, el presidente de México, y su construcción fue resultado de un ambicioso proyecto tripartito de los gobiernos de Canadá, Estados Unidos y México. De acuerdo con el proyecto original la carretera empezaría en Fairbanks, Canadá, cruzaría Estados Unidos por Minneapolis, Kansas City, Oklahoma, Dallas y San Antonio, para entrar a México por Monterrey, y continuar luego por Ciudad Victoria, Ciudad Mante, Ciudad Valles, Tamazunchale, Jacala, Ixmiquilapan y Actopan, y finalizar en la Ciudad de México. Después, en una segunda etapa, la carretera intercontinental continuaría hacia Oaxaca, para cruzar Guatemala, San Salvador, Managua, San José, Panamá, Medellín, Vito, Trujillo, Arequipa, Iquique, Antofagasta, Valparaíso, Concepción, y finalizar en la Patagonia, esto es, en la punta extrema del sur del continente americano.

El ambicioso proyecto de la carretera intercontinental no se logró concretar del todo, entre otras razones por la falta de presupuesto, pero en el caso de México sí se efectuó, pese a que la idea de su construcción fue rechazada por algunos sectores de la

población, al temer que la carretera fuera utilizada por los Estados Unidos para invadir... ¡México!

En efecto, pese a las protestas, el presidente Plutarco Elías Calles consideró conveniente su construcción, pensando que la carretera detonaría el potencial económico y turístico de los estados de Tamaulipas, San Luis Potosí e Hidalgo, por lo que ordenó a la recién formada Comisión Nacional de Caminos que iniciara la obra en 1926. Cabe apuntar que la construcción de la carretera México-Laredo contó con el apoyo total del gobierno de Texas, el cual quería ofrecer a los habitantes del sur de los EUA una alternativa turística.

El primer tramo de la carretera México-Laredo fue inaugurado en 1936, para lo cual se realizó un desfile de coches, camionetas y camiones alegóricos desde la ciudad de Brownsville, Texas, hasta la Ciudad de México, recorriendo en total 1,041 kilómetros.

Debo decir que el recuerdo de las dos enormes estatuas de bronce verde de los Indios Verdes —de más de cuatro metros de altura cada una—, que están colocadas a los lados del inicio de la carretera México-Laredo, y que simbolizan a los dos *Huey Tlatoani* mexicas *Itzcóatl* y *Ahuizotl*, se me quedó grabado en la mente para siempre; cada vez que paso por ahí me viene el recuerdo de mi primer viaje al Mante.

Sobra decir que todos los que íbamos trepados y apretujados en la camioneta Ford y en el Cadillac íbamos felices de la vida, y sumamente emocionados; además de que estábamos a unas cuantas horas de ver nuevamente a mi tío Tomás, a mi tía Alicia y a mis primos Alicia, Claudia y Tomás, íbamos a transitar por un camino para todos desconocido, salvo por supuesto para Gilberto, lo que hacía del viaje toda una aventura.

2. El viaje por la Carretera Nacional No. 85

Una vez que pasamos por el Monumento de los Indios Verdes, tomamos la carretera con dirección a Pachuca, "La Bella Airosa", pero no fue necesario llegar hasta la capital del estado de Hidalgo, ya que unos kilómetros antes dimos vuelta a la izquierda y agarramos la carretera para Actopan, un pueblo de 8 mil habitantes ubicado en el Valle del Mezquital, exactamente a 120 kilómetros de la Ciudad de México, el cual era famoso por su Feria de la Barbacoa.

Cuando pasábamos por dicho poblado, como a eso de las 7:30 horas de la mañana, mi madre le dijo a mi padre que tenía hambre y que quería ir al baño, por lo cual le pidió detener el auto en el primer lugar "decente" que viera en el pueblo.

Al ver mi padre un restaurante que tenía un nombre más que atractivo, "El Buen Sabor", ubicado en el mero centro de Actopan, detuvo la camioneta intempestivamente, por lo que el Cadillac negro que conducía Gilberto, que iba delante de nosotros, fungiendo como guía, tuvo que frenar bruscamente y dar una vuelta prohibida en "U", para retornar al lugar en donde mi padre había parqueado la camioneta.

Como la maniobra automovilística que realizó mi cuñado Gilberto resultó algo más que aparatosa, de repente, de la nada, apareció un policía de tránsito con toda la intención de levantar una infracción, esto es, cumplir con su deber; o tal vez, si uno es malpensado, obtener algún "dinerito extra".

La cuestión es que cuando el agente de tránsito se acercó al Cadillac para anotar las placas y levantar la infracción, se percató, para su sorpresa, que eran "oficiales", por lo que su actitud cambió radicalmente, de tal manera que al ver llegar a mi padre a la escena del "crimen", inmediatamente se le "cuadro" y en seguida le dijo muy serio:

—¡Estoy a sus órdenes jefe, para lo que se le ofrezca!

En ese momento entendí cabalmente, pese a mi corta edad, lo que significaba en este país ser una persona "influyente".

Al reanudar de nuevo el viaje, el policía municipal se trepó a su motocicleta y nos escoltó hasta las afueras del pueblo.

Luego de darle las "debidas gracias" por su amable gesto, tomamos la carretera rumbo a Ixmiquilpan, un poblado que estaba a 40 kilómetros de distancia.

Al llegar ahí, casi una hora después, nos detuvimos nuevamente, porque mi madre vio, al momento de entrar al pueblo, un mercado de artesanías, una de sus debilidades. En consecuencia, el novio de mi hermana tuvo que detener otra vez el Cadillac y dar vuelta en "U", para retornar y alcanzarnos en el mercado en donde mi madre se encontraba comprando "chucherías"; en el momento en el que Catalina y su novio descendían del Cadillac, luego de estacionarlo en una callecita que estaba al lado del mercado de artesanías, escuché a lo lejos que Gilberto balbuceaba en voz baja: " Así nunca vamos a llegar".

A partir de Ixmiquilpan, el viaje entró en una etapa difícil y complicada, debido a que ahí ahí empezaba el sinuoso ascenso a la Sierra Madre Oriental.

El siguiente pueblo al que debíamos llegar era Jacala de Ledezma, un municipio que estaba todavía dentro de los límites del estado de Hidalgo, famoso por dos cosas: una, por fabricar un delicioso vino de manzana, y otra, por formar parte de la región geográfica de la Reserva de la Biósfera Sierra Gorda, una área natural protegida de 383,567 hectáreas, la más grande de México, la segunda de América Latina y la décimo tercera a nivel mundial.

Los 115 kilómetros que recorrimos para llegar a Jacala de Ledezma los hicimos en… ¡dos horas!

Como ya eran las once y media de la mañana cuando llegamos a Jacala de Ledezma, y faltaba todavía por recorrer un tramo complicado, uno lleno de puras curvas, nos detuvimos a desayunar en un restaurante que estaba a la salida del pueblo, y el

cual, de acuerdo con la enorme manta que colgaba sobre su fachada, preparaba el mejor zacahuil de la región; esto es, un tamal de gran tamaño elaborado con masa martajada y relleno con carne de cerdo y guajolote.

Después de saborear los ricos zacahuiles, iniciamos de nuevo el viaje, pero ahora con destino al… "Lugar donde reside la mujer gobernadora"; es decir, a Tamazunchale, un poblado de 51 mil habitantes ubicado en el estado de San Luis Potosí, ubicado a 113 kilómetros de distancia.

Este tramo resultó ser el más peligroso de todos; implicó descender de un nivel de 2,400 metros de altura sobre el nivel del mar, a uno de 120 metros, por lo que transitamos por carreteras con pendientes muy pronunciadas, esto es, *relices,* como le dicen los ingenieros, las cuales además pasaban entre peligrosos cantiles y desfiladeros, como fue el caso al dirigirnos al Valle de Tasquillo, y pasar por el Puerto de Xhitá, el Puerto de las Trancas, y luego al transitar por la Barranca de los Mármoles y de La Encarnación.

Pese a lo difícil y complicado del trayecto, fue también el más impactante; durante el descenso, que duró tres horas, tuvimos la suerte de contemplar paisajes espectaculares; de hecho, nos detuvimos en varias ocasiones a un lado de la carretera para poder contemplar y disfrutar con toda tranquilidad la belleza de la Sierra Madre Oriental.

Un obstáculo que se presentó al estar descendiendo de dicha sierra, y que nadie previó, fue la neblina; pero la naturaleza —como siempre sucede—, se encargó de recordarnos su existencia, pues cuando transitábamos por la carretera como a eso de la dos de la tarde, de repente, al salir de una pronunciada y peligrosa curva… ¡zas!, nos topamos con una neblina tan cerrada que no permitía siquiera vislumbrar la línea blanca que divide la carretera en dos carriles.

Fue necesario que Gilberto frenara en seco el Cadillac, al igual que mi papá la camioneta Chevrolet, pues de lo contrario podríamos haber caído en una profunda barranca.

Para continuar el viaje fue necesario que mi hermano Roberto se bajara del coche que conducía Gilberto, y con una linterna en mano, iluminará metro a metro la línea blanca que divide la carretera, lo que implicó que los vehículos circularan a vuelta de rueda, retrasando la llegada al Mante en casi dos horas.

Como es comprensible, al arribar a Tamazunchale estábamos sumamente cansados y muertos de hambre, por lo que mi padre detuvo la camioneta en el primer restaurante que vio al lado de la carretera. El novio de mi hermana, que iba delante de nosotros, tuvo que detener el automóvil y dar vuelta en "U" para alcanzarnos.

No es necesario que les comente la cara que puso Gilberto cuando nos detuvimos nuevamente, pues él —como lo había manifestado en repetidas ocasiones a lo largo del viaje— había realizado el trayecto México-Mante en solo siete horas; eso sí —aclaró— sin detenerse ni un solo segundo… ¡ni siquiera para ir al baño a hacer pipí!

Al leer el menú del restaurante que nos dio la mesera, vimos que la especialidad del lugar eran… ¡las famosas enchiladas potosinas!, por lo que todos, sin excepción, las pedimos, una verdadera delicia, ya que están hechas con tortillas de masa mezclada con chile ancho, fritas en manteca de cerdo, y al final coronadas con queso fresco desmenuzado y cebolla finamente picada… ¡riquísimas!

Una vez que terminamos de comer las enchiladas potosinas, como a las 3 de la tarde, reiniciamos nuevamente el descenso de la Sierra Madre Oriental, ahora con destino a Ciudad Valles, un poblado de 43 mil habitantes ubicado en el altiplano del estado de San Luis Potosí, a 110 kilómetros de distancia.

Antes de llegar a Ciudad Valles, cosa que nos tomó poco más de dos horas, pasamos cerca de Tamuín.

—En ese pueblo —señaló mi padre— está Taninul, un famoso balneario de aguas termales.

—El dueño del lugar —continuó diciéndonos— es el general Gonzalo N. Santos, el exgobernador del estado de San Luis Potosí.

Mi padre tenía conocimiento de Taninul por mi tía Berla Clynes San Pedro, la prima hermana de mi mamá, pues era la esposa del Dr. Gonzalo Santos Prigss, el hijo mayor del general Gonzalo N. Santos, por lo que conocía muy bien el lugar, donde había estado ahí en muchas ocasiones.

Gastón, el otro hijo del general Santos, era el famoso rejoneador, aquel que rechazó actuar en la película de "Los Hermano Del Hierro",

—Por el mismo rumbo de Taninul —continuó platicándonos mi padre— estaba otra propiedad del general Santos, el famoso rancho "El Gargaleote", el cual contaba —según le platicó mi tío Gonzalo en una ocasión—, con una pista de aterrizaje para avionetas, una alberca, una plaza de toros y caballerizas.

Le contó que cuando el general Santos compró el rancho en 1926, tenía una extensión de 1,800 hectáreas, pero como fue adquiriendo las tierras de los alrededores, su extensión actual es de… ¡ocho mil hectáreas!

—El general Santos —recordó mi padre— era el autor de la famosa frase: "La moral es un árbol que da moras".

Mi tío Gonzalo le contó además que franquear "El Gargaleote" era una cosa en extremo difícil, porque primero había que transitar por una desviación de 7 kilómetros que se tomaba en la carretera que va a Tampico, a 15 kilómetros de Tamuín, la cual se encontraba fuertemente vigilada por soldados del Ejército Mexicano, y luego de pasar por los tres retenes militares, había que cruzar el caudaloso Río Tampaón en un Chalán especial, el cual era

operado por la gente de confianza del "Alazán Tostado", como la gente del rumbo solía decirle al general Santos.

La gente de la zona —le dijo finalmente mi tío Gonzalo a mi papá— sabía muy bien que si los datos que un visitante proporcionaba en el primer retén militar no coincidían con los proporcionados en el último, era rechazado y hasta… ¡baleado!

Antes de llegar a Ciudad Valles, tomamos la desviación para Ciudad Mante, nuestro destino final.

Esta parte del recorrido fue la más tranquila, ya que transitamos 120 kilómetros prácticamente en línea recta, sin curvas, con excepción de un pequeño tramo de montaña, al pasar por el Cañón El Abra y las Cumbres de Llera.

Debo decir que este viaje resultó para mí toda una revelación, porque conocí una parte de México de cuya existencia no tenía ni la más remota idea; esto es, el de las carreteras, los pueblos, las rancherías, los campesinos, los ríos, las montañas, los bosques y las praderas… ¡Esta experiencia fue única y me marcó para el resto de mi vida!

3. Ciudad Mante

Llegamos a Ciudad Mante poco antes del anochecer, como a eso de las 6:30 de la tarde, tal y como lo había planeado mi padre; y claro, después de recorrer 532 kilómetros en doce horas —¡casi el doble del tiempo normal!—, llegamos molidos. Entramos al Mante por la Avenida Benito Juárez, la principal arteria del pueblo, y lo primero que alcanzamos a ver a lo lejos, entre la penumbra del atardecer, fue la enorme chimenea del Ingenio, la cual sobresalía por encima de altas palmeras. Luego, al momento de bajar las ventanas del carro para ver mejor la ciudad, sentimos un calor sofocante, húmedo, pegajoso, para enseguida detectar un olor muy peculiar en el ambiente, como de huevo podrido, olor por

cierto que habría de persistir todo el tiempo que estuvimos en el pueblo.

Como ingresamos por la Avenida Benito Juárez pasamos por la plaza principal "Plutarco Elías Calles", y pudimos ver del lado izquierdo la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, y del lado derecho el Palacio Municipal; en medio de la plaza estaba el clásico kiosco, y luego, exactamente en la esquina de la Avenida Benito Juárez y la calle José María Morelos y Pavón, había una farmacia cuya dueña —luego nos enteraríamos— era doña Carmen del Castillo, la primera amiga que mi tía Alicia hizo al llegar al Mante.

Después de pasar por el zócalo, mi padre empezó a buscar el Hotel Mante; ese era el punto de referencia que mi tía Alicia le había dado para que pudiéramos llegar a su casa.

Un día antes de salir de la Ciudad de México, mi tía le había dado a mi padre toda clase de instrucciones por teléfono:

—¡*Fito!* —le dijo—, una vez que pases la plaza "Plutarco Elías Calles", te sigues derecho por la Avenida Benito Juárez, hasta que llegues al puente que cruza el canal del pueblo.

—En la avenida Juárez —continuó explicándole mi tía Alicia— están los principales comercios del pueblo: la tienda de abarrotes, la mueblería, el mercado municipal, la tlapalería, la lonchería y también la papelería...

—¡Muy bien *Lichita*— le respondió pacientemente mi papá.

—¿Y luego qué? —le preguntó.

—Al pasar el puente del canal, doblas a la izquierda y tomas la calle de terracería que va en paralelo al canal. Y una cuadra después —le advirtió mi tía— debes ver el Hotel Mante. Si no lo ves, ¡es que te equivocaste *Fito*! —le dijo muerta de risa.

—Si lo ves —continuó diciéndole—, entonces vas por buen camino y no tienes de qué preocuparte.

Cuando terminó de explicarle soltó una gran carcajada.

Después mi tía Alicia le dijo que siguiera por el camino de terracería hasta llegar a la calle Aarón Sáenz Garza —nombrada así en honor del fundador del Ingenio Mante— y que una vez estuviera ahí, diera vuelta a la derecha, y luego de recorrer cuatro largas cuadras debía topar con el Ingenio.

Por cierto, debo decir que después de transitar veinte minutos al lado del canal que cruza la ciudad de extremo a extremo, nos percatamos que de ahí precisamente provenía… ¡el olor a huevo podrido!

Al llegar al Ingenio, en medio de una nube de polvo, atolondrados por el sofocante calor, de casi 40 centígrados, tal y como nos lo advirtió mi tía Alicia, vimos con asombro cómo entraban por el portón enormes camiones de rediles cargados de toneladas de caña de azúcar, pues resulta —luego nos enteraríamos— que llegamos en medio de la zafra, la cual había empezado en noviembre de 1960, y se esperaba, sino no surgía ningún contratiempo, terminara en junio de 1961.

Alguien nos dijo luego que los trabajadores del Ingenio solían decir, en broma, cuando concluía la zafra: ¡Terminó la zafra, empezó la sufra".

Como mi tía Alicia le había dicho a mi padre que al llegar al Ingenio le preguntara a cualquier persona que viera en la calle por la casa del doctor Córdoba, porque todo mundo sabía en dónde estaba, mi papá se acercó al portón del Ingenio lo más que pudo, y luego de bajar la ventanilla de la camioneta Ford, le preguntó a uno de los vigilantes si podía decirle cómo llegar a la casa del director de la clínica.

El vigilante le dijo a mi padre que la casa del doctor Córdoba estaba muy cerca, a solo cuatro cuadras, y enseguida le explicó cómo llegar.

—Miré usted señor —le dijo el vigilante del Ingenio—, tome usted la calle que está enfrente, llamada Fundadores, y después de dos cuadras, dé vuelta a la derecha en la calle 4, y una cuadra

después, exactamente en la esquina con la calle Abel Ramírez, verá usted la casa del doctor Córdoba.

Mi padre, luego de darle las gracias al vigilante, siguió sus instrucciones, y en menos de lo que canta un gallo, estábamos enfrente de la casa de mi tío Tomás.

En lo que mi padre estacionaba la camioneta, tocó repetidamente el claxon para alertar a la familia Córdoba de nuestra llegada.

No terminaba de apagarse el eco del claxon, cuando vimos a mí tía Alicia y a mis tres primos salir corriendo por la puerta del jardín gritando de alegría por nuestra llegada.

Atrás de ellos venía mi tío Tomás, y detrás de él, la nana Rosita y su hijo Ricardo.

En el momento de bajar de la camioneta y poner un pie en el suelo para saludar a Alicia y Claudia, y a mi primo el *Pato*, sufrí un ataque masivo de aproximadamente un millón de mosquitos, y cuando corría en busca de refugio para no morir asesinado, hizo su arribo el Cadillac que conducía mi cuñado Gilberto, quien venía atrás de nosotros muy de cerca, ya que mi padre lo había reemplazado como guía de la caravana en el momento mismo en el que entramos al pueblo.

El reencuentro de mi abuela Kathleen y mi tía Alicia fue muy emotivo; llevaban casi dos años de no verse.

Y no se diga el de mi mamá y mi tía Alicia; más felices no se les podían ver a las dos.

Me dio mucho gusto ver de nuevo a Ricardo, al hijo de la nana Rosita; como los dos habíamos nacido prácticamente en la misma fecha, éramos amigos desde que empezamos a usar pañales.

La casa que el Ingenio le proporcionó a mi tío Tomás era modesta, de una sola planta; tenía tres recámaras, dos baños, una cocina, un cuarto de servicio y un jardín al frente.

Se encontraba en una colonia humilde; ahí vivían los empleados y los obreros del ingenio, y las calles eran de terracería.

Colindaba por un lado con el ejido "El Camotero", y por el otro con la colonia Obrera, y el aire que se respiraba en el ambiente era dulzón, parecido al del piloncillo, lo que se entiende por los procesos físico-químicos que el Ingenio utiliza para limpiar de impurezas la caña y mejorar la calidad del azúcar refinada.

Una vez que bajamos las maletas de los autos y las acomodamos en las recámaras que mi tía Alicia nos asignó a cada uno de nosotros, nos invitó a la cocina a cenar unos riquísimos tacos bañados en salsa roja que sus cocineras —¡cinco en total!— habían preparado desde la tarde, pues a diferencia de mi madre, que era una excelente cocinera, mi tía Alicia no sabía siquiera cómo calentar el agua para café.

En la cena platicamos de las vicisitudes del viaje y nos reímos de cada una de ellas; pero como estábamos más que agotados, al rato nos venció el sueño y nos fuimos a dormir.

Antes de eso, mi cuñado Gilberto se despidió de nosotros y, ¡claro!, de mi hermana Catalina, y se fue con todo y "chivas" a pernoctar al rancho de su padre, "El Ébano", el cual estaba como a 20 kilómetros de distancia del Mante, en dirección a Cd. Victoria.

Una cosa que nos llamó la atención al despertarnos al día siguiente, o más bien, lo que nos despertó, y que nos costó trabajo habituarnos a ello, fue el silbato del Ingenio, el cual pitaba todas las mañanas a la 05:00 horas, y luego en la tarde, a las 19:00 horas, para anticiparle a los obreros la hora de entrada y salida del Ingenio, pitido que también servía —nos dimos cuenta luego— como guía de las horas transcurridas en el día a los habitantes de la colonia, y al rato, a nosotros mismos.

4. El Hotel Mante

Como el domingo por la mañana nos despertamos temprano por el mentado pitido del Ingenio, y además, la verdad, porque

también estábamos ansiosos por conocer el Mante, desayunamos muy temprano, casi de madrugada. Después de comer huevos con chorizo, quesadillas, tamales, pan de dulce y café con leche, mi tía Alicia nos dijo a todos que agarráramos nuestros trajes de baño para irnos a nadar a la alberca del Hotel Mante, y que luego en la tarde iríamos a comer a un restaurante del centro de la ciudad, en donde preparaban una carne asada deliciosa y unos frijoles charros riquísimos.

Al entrar al Hotel Mante lo primero que me llamó la atención fue ver que todo estaba pintado de verde, y cuando digo todo, es… ¡todo! El tono del verde era peculiar, porque no era claro, pero tampoco oscuro; de hecho, luego nos referiríamos a ese singular color como "verde Mante". La siguiente cosa que me llamó la atención fue ver que todos los cuadros surrealistas que estaban colgados en el vestíbulo del hotel eran de mi tío Tomás… ¡Sí, de mi tío, el doctor Tomás Córdoba! Lo tercero que me llamó la atención fue la alberca, que me pareció enorme, gigante, y sobre todo, profunda… ¡muy profunda!

Debo confesar con pena, que pese a mis casi once años de edad no sabía nadar, por lo que no me quedó de otra que aplicarme y aprender lo más rápido posible, de lo contrario me iba a perder toda la diversión, y tal vez… ¡ahogarme!

Continúa…

Xochimilco Editions

México
Marzo de 2020
D.R. Derechos Registrados